

DISERTACION

SEGUN

EL ABATE CAVEIRAC,

sobre la jornada de San Bartolomé.

Los calvinistas llenaron con sus desgracias la Europa, y nadie se atrevió á responder en detalle á sus declamaciones, porque todo el mundo temió pasar por apologista de una accion que cada cual no podia menos de abominar; asi fué como el error, no habiendo sido refutado en su origen, fué creciendo de dia en dia. Hoy quizá mas que nunca es llegado el momento de destruirlo. Separados por un espacio de tres siglos, de aquel espantoso acontecimiento, tienen nuestros ánimos, segun hemos ya dicho en el curso de esta Historia, la serenidad suficiente para contemplarlo sin parcialidad, aunque no sin horror, y tampoco hay que temer que la nube de las pasiones oscurezca la luz. Puédese ya esparcir alguna claridad sobre las causas y efectos de aquella escena trágica sin ser aprobador tácito de los unos, ni contemplador insensible de los otros, pues aun cuando se quitasen á la jornada de San Bartolomé las tres cuartas partes de los horribles excesos que la acompañaron, seria aun bastante horrible para ser detestada de cuantas personas abriguen el menor sentimiento de humanidad. En esta suposicion, nos atreveremos á sostener:

- 1.º Que la Religion no tuvo parte alguna en aquella jornada.
- 2.º Que fué un asunto de proscripcion.
- 3.º Que solo tuvo que ver con Paris.
- 4.º Que pereció mucha menos gente que la que se dijo.

S. 1.º — *La Religion no tuvo parte alguna en la jornada de San Bartolomé.*

Seria preciso estar enteramente destituido de sentimientos de justicia, para acusar á la Religion católica de los males que nuestros antepasados sufrieron durante las malhadadas guerras que desolaron á la Francia bajo los reinados de los tres hermanos, y mucho mas aun para atribuirle la fatal resolucion de Carlos IX, pues la Religion no tuvo en ello parte, ni como motivo, ni como consejo, ni como agente. Encuéntrase la prueba de la primera parte de nuestra proposicion en la conducta de los calvinistas, en las manifestaciones de Carlos IX, y en el modo de obrar de los parlamentos. Motivos eran de disgusto bastante poderosos para irritar al monarca y hacerle odiosos sus vasallos la empresa de arrebatarse

reyes, varias ciudades sustraídas á su obediencia, sitios sostenidos, tropas extranjeras introducidas en el reino, y cuatro batallas campales dadas contra el soberano; asi es que este decia en una carta á Schomberg: *Yo no los he podido sufrir mas tiempo* (1).

La Religion tuvo tan poca parte en aquel suceso, que el martiriógrafo de los calvinistas (2) cuenta que los matadores decian á los que pasaban por las calles enseñándoles los cadáveres: *Estos son los que querian forzarlos á fin de matar al rey.* Cuenta tambien (3) que los cortesanos reian á mas no poder, diciendo que la guerra se habia verdaderamente acabado, y que en lo sucesivo podrian vivir en paz que aquel era el modo de promulgar decretos de pacificacion, y no con papel ni diputados. El mismo autor nos suministra además otra prueba de que la Religion no fué el motivo de aquel terrible suceso, pues dice que el parlamento de Tolosa mandó publicar cierta fórmula de la voluntad régia, por la cual se prohibia que en nada se molestase á los religionarios, antes por el contrario se les prestase favor (4). Y en Paris se habia publicado otro decreto igual en 26 de agosto. El autor de los Hombres ilustres dice no puede persuadirse de la sinceridad de esa manifestacion; pero las razones que alega contra ella no son concluyentes, y es preciso estar dominado del espíritu que animaba al historiador de Thou, para no ver en aquel asunto en todas partes mas que la Religion y en ninguna la rebeldia. Pero ¿qué necesidad habia de motivos religiosos en un asunto donde el interés personal, la envidia, el odio, la venganza, acaso la seguridad del príncipe, ó por lo menos la tranquilidad pública, se daban la mano para aconsejar la ruina de los rebeldes? Luego el atribuir á una especie de entusiasmo una resolucion tomada por gentes que apenas conocian el nombre de celo, es injuriar al buen sentido tanto como á la Religion.

Mas si la Religion no tuvo parte ninguna como motivo en aquella matanza, está tambien muy lejos de haber figurado en ella como consejo. No se ven efectivamente admitidos en aquel funesto divan ni cardenales, ni obispos, ni sacerdotes; hasta el duque de Guisa fué excluido; y seria tan injusto hacer recaer en los católicos la parte odiosa de aquel suceso, como el atribuir á la instigacion de los calvinistas el asesinato del cardenal de Lorena y de su hermano. Si al saberse en Roma aquella terrible expedicion se hicieron solemnnes funciones de accion de gracias, si Gregorio XIII fué en procesion desde la iglesia de San Marcos á la de San Luis, si concedió un jubileo (1), y si hizo acuñar una medalla, todas esas demostraciones de gratitud mas bien que de satisfaccion, fueron únicamente motivadas, no por la matanza de los hugonotes, sino por el descubrimiento de la conspiracion que ellos habian urdido, ó por lo menos de que el rey habia tenido buen cuidado de acusarles en todas las cortes de la cristiandad. Si Carlos IX, despues de haber conservado una sangre tan preciosa desde entonces para la Francia, y que habia de serlo aun mas en lo sucesivo, quiso obligar al rey de Navarra y al príncipe de Condé á que fuesen á misa, menos fué para adherirlos á la fé católica que para deprenderlos del partido de los hugonotes. Asi es que no se le vió dar señales de indignacion por la negativa de aquellos mas que en los primeros momentos de la resistencia, y luego no tomó el menor cuidado por su conversion, mostrándose en este particular peor político que buen misionero. Efectivamente, si despues de haber atraído (2) á estos príncipes á una abjuracion, se hubiesen empleado todos los medios decorosos para retenerlos en la Religion católica, los calvinistas, privados de su caudillo, no hubieran tenido ya quien poner á su frente, y las guerras civiles habrian terminado. Cuanto menos uso se hizo de esos medios, mas motivo se dió á que la posteridad se persuadiera de que no consultase á los intereses de la Religion cató-

(1) Cartas de Carlos IX.

(2) Hist. de los Mart. perseg. y condenados á muerte por la verdad del Evang. desde el tiempo de los Apost. hasta el año 1374, p. 713, impr. en 1382, fol. recto.

(3) Ibid. fol. vuelto.

(4) Hist. de los Mart. p. 730, fol. recto.

(1) *Indictio jubilaeo christiani orbis populos convocavit ad Galliae religionem et regem supremo Numini commendandos.* Bonnumis, Rom. pontif. t. 1, p. 336.

(2) Esto sucedió por el esmero é instrucciones del P. Maldonado, jesuita.

lica. Ninguna parte tuvo, pues, la Religión en la jornada de San Bartolomé, como consejo, por mas que diga el autor de los Hombres ilustres y su inscripcion imaginada á su gusto. Ignoro sobre qué clase de Memorias habrá trabajado su obra este autor; pero su afectado empeño en ocultárnoslas hace muy sospechosas sus anécdotas. ¡Dichoso él si la sospecha no pasa de esos límites! Los Ensayos sobre la Historia general no son mas favorables á la Religión, ni mas conformes á la verdad, cuando se aventuran á decir que la horrorosa resolución de la matanza fué preparada y meditada por los cardenales de Birague y de Retz, sin reparar que esos dos hombres no fueron condecorados con la púrpura (1) hasta mucho tiempo despues de aquella triste época; pero ¿qué importa un anacronismo mas ó menos, cuando con él se puede denigrar á la Iglesia y á sus ministros? No me detendré á refutar esos hechos trazados por una pluma que, á Dios gracias, nos tiene acostumbrados á no darla crédito: es imposible que por un testimonio tan desacreditado, se decida nadie á persuadirse de que el catolicismo haya aconsejado los asesinatos que tanto él aborrece.

Pero ¿se podrá acusar á la Religión de haber tenido parte en ellos como agente? ¿podrá acusarse de eso á la Religión cuando cabalmente ella abría por todas partes sus puertas á los desgraciados perseguidos por el furor del pueblo aun despues de haberse aplacado la cólera del rey? Carlos IX no queriendo ni habiendo querido jamás que la proscripción se extendiera mas allá de París, despachó correos el 24 hácia las seis de la tarde para todos los gobernadores de provincias y ciudades, á fin de que tomasen medidas para que no se repitiesen en ellas las escenas que habian ocurrido en la capital, y en vista de esto los gobernadores adoptaron cada cual á su modo medidas de seguridad para los calvinistas; por lo cual en Lyon se enviaron muchos de ellos á las prisiones del arzobispado y á los conventos de los religiosos celestinos y franciscanos. Si alguno duda que se tomara esta providencia para salvarlos, puede convencerse leyendo el martirologio de los calvinistas, en cuyo libro

(1) Birague fué nombrado cardenal por Gregoria XIII en 1508, y Retz, por Sisto V, en 1587.

se dice terminantemente que una vez fueron enviados treinta, y otra vez veinte, con ese objeto, al convento de los celestinos. Y si las prisiones del arzobispado no los pudieron librar del furor de algunos malvados, léese tambien en el mismo libro, que los asesinatos fueron cometidos sin saberlo el gobernador y aprovechándose de su ausencia, y que esta autoridad los hizo cesar al momento que regresó, habiendo además tratado de descubrir y castigar á los perpetradores. *La justicia (1) instruyó la competente sumaria, y como las prisiones habian sido forzadas en medio del alboroto popular, se hizo pregonar á voz de trompeta que los que descubriesen á los autores serian gratificados con cien escudos. Los conventos sirvieron de asilo á los calvinistas de Tolosa. En Bourges algunos pacíficos católicos albergaron á varios de ellos. En Lizieux, el obispo (2) se opuso, no á la ejecución cruel de las órdenes del rey, porque es falso que se hubiese enviado ninguna de este género á las provincias, sino al furor de algunos hombres que el gobernador no podia contener; tan escitados estaban á la matanza por el ejemplo, por la avaricia, y hasta por resentimientos personales (3). En Romans, deseando los católicos mas pacíficos salvar á varios amigos suyos comprendidos entre los sesenta que habian sido arrestados, pudieron librar á unos cuarenta: á lo cual Mr. de Gordes, gobernador de la provincia, que no era cruel, contribuyó tambien; de manera que de los veinte restantes aún pudieron salvarse otros trece, no pereciendo mas que siete que tenían muchos enemigos personales y habian hecho uso de armas (4). En Troyes, un católico quiso salvar á Esteban Marguien. En Burdeos fueron varios de ellos salvados por los curas y por otras personas de quienes jamás hubieran esperado semejante favor (5). En Nimes, olvidando los católicos que sus conciudadanos los hugonotes habian hecho en ellos á sangre fria y por dos veces una horrible carnicería, se reunieron á ellos para salvarlos de una matanza*

(1) Hist. de los Mart. p. 716, folio recto.

(2) Hennuyer.

(3) Hist. de los Mart. p. 728, folio recto.

(4) Ibid. p. 718, folio recto.

(5) Ibid. p. 730, folio vuelto.

demasiado autorizada por el ejemplo y bastante escusada por el resentimiento, pero de ningun modo permitida por la Religión. Las heridas que los calvinistas habian hecho á casi todas las familias católicas de aquella ciudad (1) estaban todavía chorreando sangre: no se habia borrado aún el recuerdo de aquellas noches fatales en que los calvinistas habian degollado á sus hermanos á la luz de las teas, procesionalmente y con el cruel aparato de las hordas salvajes: esta es, segun creemos, la única procesion (2) que los calvinistas hayan hecho. Si los católicos se mostraron mas humanos que ellos es porque tambien eran mejores cristianos: tal acto de humanidad en medio de las turbulencias, no podia reconocer otro origen que la caridad. Pero ¿por qué ir á buscar fuera de París ejemplos de compasion? Esta capital nos los ha conservado. *Entre los señores franceses que se distinguieron por haber salvado la vida á mas confederados, los duques de Guisa, de Aumale, Biron, Bellievre y Walsingham, embajador inglés, les obligaron mas... Aun despues de haber circulado entre el populacho la voz de que los hugonotes, para matar al rey, habian querido forzar los cuerpos de guardia y quitado ya la vida á mas de veinte soldados católicos, entonces aquel pueblo, guiado por un deseo de Religión unido al afecto hácia su príncipe, lo hubieran manifestado aún mas, si algunos señores, satisfechos ya con la muerte de los caudillos, no le hubiesen contenido muchas veces: hasta hubo varios italianos que corriendo á caballo y armados por las calles, tanto de la ciudad como de los arrabales, abrieron sus casas para que algunos de los perseguidos tuviesen la fortuna de hallar en ellas un asilo.*

Los católicos, pues, salvaron lo que pudieron de la cólera del príncipe y del furor del pueblo. No hay una de aquellas ciudades desgraciadas en que se reprodujeron poco ó mucho las desconsoladoras escenas de París, que no deba á los católicos la conservacion de al-

gunos ciudadanos calvinistas; en todas brilló en tan crítico momento aquel espíritu de caridad que caracteriza á la verdadera Religión, distingue á sus ministros y abomina el crimen y la sangre. La misma Ginebra seria ingrata si no lo proclamase así. A un sacerdote de Troyes es á quien esta ciudad debe la satisfaccion de contar entre sus hombres ilustres uno de los mas célebres médicos de Europa: si aquel sacerdote no hubiese salvado al padre de Teodoro Tronchin, aquella ciudad careceria de una de sus mas señaladas celebridades.

Si semejantes actos de humanidad no justificaban bastante á la Religión de las recriminaciones que se le hacen aun todos los días, acaso la sangre de muchos católicos mezclada con la de sus desgraciados hermanos, y derramada por el odio ó la avaricia, podria borrar hasta la última sospecha. La licencia, inseparable del tumulto, hizo perecer á muchos católicos (1). *Era ser hugonote, dice Mezeray, el tener dinero, empleos codiciados ó herederos hambrientos.* Si hubiésemos conservado el nombre de nuestros hermanos inmolados en aquella ocasion por la venganza ó la codicia, no podria uno menos de admirarse del número de esta especie de mártires (2). El gobernador de Burdeos rescataba á los católicos lo mismo que á los protestantes, é hizo perder la vida á los que teniendo medios para rescatarla no lo querian hacer (3). En Bourges dieron muerte á un sacerdote retenido en la carcel. En La Charité fué asesinada la esposa católica de un capitán (4). En Vic (país de Messin) fué asesinado el gobernador (5). En París fueron tambien victimas un canónigo (6) de Nuestra Señora, consejero del parlamento, y otro funcionario público (7). Y ¿cuántos otros católicos no fueron además envueltos por el tumulto en aquella horrible proscripción?

En vista, pues, de lo que acabo de decir, espero que nadie verá en los ministros de la venganza de Carlos IX, ni furor religioso, ni manos á un mismo tiempo armadas de crucifi-

(1) En 1567 y en 1569. Véase la Hist. de Nimes, t. 3, p. 9 y siguientes, y p. 50.

(2) Puede verse el orden y la marcha de ella en la historia de esta ciudad por Mesnard, t. 3, año 1597.

(3) La Popelin. Hist. de Franc. edic. de 1581, l. 29, p. 67.

(1) Hist. de los Mart., p. 731, folio recto.

(2) Ibid. p. 724, fol. vuelto.

(3) Ibid.

(4) Landas.

(5) Salude.

(6) Juan Rouillard.

(7) Guillermo Beltran de Villemond.

jos y puñales: y si se le ha ocurrido á algun autor presentarnos bajo esa imagen, es sin duda porque la idea de un Dios vengador persigue constantemente al que le ultraja. *furiis agitatus Orestes*. ¡Ojalá sea este terrón un fausto agüero para su salvacion!

II. — *La jornada de San Bartolomé fué un asunto de proscripción.*

Si no se hubiesen prodigado tan singulares elogios al almirante de Coligny; si la mayor parte de los franceses no lo considerasen aún, apoyados en el testimonio de un apologista ó de un poeta, como un modelo de probidad, no debiendo considerarlo mas que como un gefe de rebeldes; si á la sombra de sus virtudes marciales no se le supusieran gratuitamente todas las que constituyen al buen francés y al buen servidor del rey, seria ahora inútil poner en problema el motivo que determinó á Carlos IX y á su Consejo á tomar el horrible recurso que adoptaron. Pero supuesto que hay personas que se complacen en dudar de las faltas reales, ó mas bien dicho, de los crímenes de los que tomaron las armas contra su soberano, y le enagenaron, por medio de la sublevación, una parte de sus súbditos, indispensable es que tratemos de averiguar su conducta y en ella encontraremos la malhadada causa de su proscripción.

Desde el momento en que los hugonotes empuñaron las armas, se hicieron reos de lesa magestad. En vano es que entonces dijese, como ahora dicen, que habia sido por el servicio del rey y contra los proyectos de los príncipes de Guisa: jamás hubiera habido semejantes proyectos, á no ser por la envidia de Coligny y sus partidarios, pues esta fué la que dió margen á las turbulencias del reino, y á las inquietudes de Catalina de Médicis. El crimen del almirante y de los señores cómplices suyos databa, pues, de la misma fecha que la primera vez que tomaron las armas, sin que los decretos de pacificación hubiesen interrumpido su curso, aun cuando en ellos se asegurase el perdón á los rebeldes.

La prueba de esta no interrumpida rebeldía en lo relativo al almirante, se encuentra en el diario de su cargo y data presentado al Consejo del rey y al parlamento; en él se ve que

bajo pretexto de recoger dinero para pagar á su caballería alemana, y sin hacer caso de las prohibiciones hechas por los decretos de pacificación, imponía y exigía de los súbditos del rey que eran de la religion, una tan grande y enorme suma de dinero, que la pobre gente se veía enteramente despojada de cuanto tenía (1). Los papeles que se encontraron después de su muerte, contenian combinaciones y proyectos que habrian bastado para hacerle morir en un patíbulo si se hubiesen cojido pruebas suficientes. Mas esto que no se podía probar jurídicamente, se sospechaba con razon, atendida la sola presencia de aquellos nobles que sin cesar le rodeaban, que le ofrecian sus servicios, y que quisieron armarse para vengar en el acto su herida. Bellievre decía á los diputados de los trece cantones, hablando de sus papeles: «Yo sé en dónde están: el rey, su consejo y su parlamento los han visto. ¿Qué puede decirse de un plan político hallado entre sus papeles, por los cuales el rey ha podido enterarse de que el dicho almirante habia establecido en las diez y seis provincias de su monarquía gobernadores, gefes militares, cierto número de consejeros encargados de tener constantemente al pueblo sobre las armas, y reunirlos y ponerlos en campaña al primer aviso del almirante, dándoles al mismo tiempo facultades de imponer anualmente á los súbditos de S. M. grandes sumas de dinero?»

Para comprender hasta qué punto el almirante se habia hecho odioso á los ojos de Carlos IX, basta leer lo que este escribía á Schomberg, que era su embajador cerca de los príncipes de Alemania (2): «Tenia (el almirante) mas poder, y era mejor obedecido de los nuevos religionarios que yo mismo: por medio de la grande autoridad que sobre ellos habia usurpado, podia sublevarlos y hacerles tomar las armas contra mí, cómo y cuándo quisiera, segun varias veces lo demostró, y últimamente habia espedido órdenes á todos los dichos religionarios para que el día 3 de este mes se hallasen armados y reunidos en Melun, cerca de Fontainebleau, en cuyo sitio debía yo tam-

(1) Hareng. de Bellievre, pron. en Baden en Ergona el 18 de diciembre 1572.

(2) Esta carta es de 13 de setiembre de 1572. Mem. de Villeroy, t. 4.

bien hallarme al mismo tiempo. De manera que habiéndose arrogado tal poder sobre mis súbditos, yo no podia ya llamarme rey absoluto, sino únicamente gobernador de una parte de mi reino. Por lo tanto, ya que Dios se ha servido librarme de él, motivo tengo para congratularme y bendecir el justo castigo que ha dado al almirante y á sus cómplices. No me ha sido posible, añade el rey, sufrirlo por mas tiempo, y me he propuesto dejar seguir el curso de una justicia, extraordinaria, es verdad, y diferente de la que yo hubiera deseado, pero tal cual necesariamente debia practicarse con una persona de aquella especie.»

Es indudable que este súbdito rebelde mantenía constantemente un partido temible para la autoridad Real, y abria debajo del trono minas prontas á estallar al primer momento favorable: luego era constantemente reo de lesa magestad, y en su consecuencia no podia menos de incurrir en el odio de Carlos IX y de su Consejo. A cada instante estaba amenazando al rey y á la reina con una guerra civil; «por poco», dice Bellievre, que S. M. se opusiera á sus peticiones, por injustas y desarregladas que fuesen. Cuando el rey no quiso, segun el almirante deseaba, romper la paz con el rey de España para hacerle la guerra en Flandes, tuvo la increíble arrogancia de decir en Consejo pleno que si S. M. no se avenia á hacer la guerra en Flandes, debía estar seguro que no pasaría mucho tiempo sin tenerla en Francia entre sus súbditos. Aun no hace dos meses que, recordando S. M. aquella altiva arrogancia, decía á varios de sus servidores, entre los cuales yo me hallaba, que al verse amenazado de aquella manera, sentia erizársele el cabello.»

Y no se crea que Bellievre sea el único que ha hablado de esta manera; las Memorias de Brantome, de Tavannes, de Montluc, y la arenga del obispo de Valencia del Delfinado á los polacos, están llenas de esas recriminaciones fundadas en hechos. *Los hugonotes no pueden olvidar aquellas palabras que les costaron tan caras el 24 de agosto de 1572*, dice Tavannes: HACE, SEÑOR, LA GUERRA Á LOS ESPAÑOLES, Ó NOS VEREMOS EN EL CASO DE HACÉROSLA Á VOS (1). Este proyecto de guerra fué lo que acabó de

perder al ambicioso almirante. Carlos IX aprobó demasiado el plan, por desgracia del mismo que lo habia concebido, pues esta aprobacion le dió alientos para intentar la destruccion de Catalina de Médicis en el espíritu y en el corazon de su hijo. Embriagándose al entrar en la carrera del favoritismo se olvidó de la descendencia del rey para con su madre, y se la pintó á los ojos de este príncipe con unos colores demasiado vivos para que su atrevimiento pudiera ser perdonado: representóse la manejando á su placer las riendas del gobierno, reteniendo toda la autoridad, y prefiriendo la reputacion del duque de Anjou á la gloria del rey y á los verdaderos intereses del Estado. Aconsejó á Carlos IX que sacudiera ese yugo: inspiróle inquietudes acerca de un poder que él mismo envidiaba y que hubiera deseado destruir para afianzar el suyo, y así fué insensiblemente labrando su propia ruina por no haber podido consumir la de Catalina y de su Consejo, mostrándose con semejante conducta mal conocedor, mal político, mal servidor y mal ciudadano. ¿Con qué temeridad, ó mas bien, con qué audacia ofreció á Carlos IX diez mil soldados para hacer la guerra á los Países-Bajos? El rey, hablando con Tavannes acerca de los medios con que contaba para emprender aquella guerra, no se olvidó de la oferta de Coligny, cuyo nombre no dijo á Tavannes; pero este servidor leal é impetuoso, que sabia muy bien que solo el almirante podía hacer semejantes ofrecimientos, respondió á su señor: «Al súbdito que tales cosas os promete, deberiais mandar cortar la cabeza. ¿Cómo se atreve á ofreceros lo que es vuestro? Eso prueba que los ha sobornado y corrompido, y que es gefe de partido en perjuicio vuestro; y por último, que se ha enseñoreado de esos diez mil súbditos vuestros para emplearlos contra vos en caso necesario.» Juiciosa reflexión, cuyo resultado en el ánimo del príncipe fué fatal al almirante. Si á esas ofensas del momento se añaden otras faltas pasadas que una Real orden nunca borra tan completamente que no quede alguna impresion nada agradable; si se recuerdan los motivos que tuvo la corte para mandar arrestar al príncipe de Condé y al almirante en Noyers; el decreto del parlamento de Paris (1), que condenaba á

(1) Mem. p. 407.

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

(1) Decreto del 15 de setiembre, 1569.